

Maurice Druon
Las grandes familias

Premio Goncourt



Las grandes familias es el primer título de una trilogía que se completa con *La caída de los cuerpos* y *Cita en el infierno*, trilogía en la que Druon nos presenta una visión ácida y descarnada de la alta sociedad francesa, los poderosos, aquella gerontocracia que, desde la cúpula, hacía tambalearse el edificio social con sus movimientos; a la vez que nos muestra a toda una corte de trepadores, arribistas, gente sin escrúpulos que vive a expensas de los poderosos, y que al menor síntoma de decadencia o de inseguridad salta al peldaño siguiente para sobrevivir.

Al comienzo de *Las grandes familias*, el nacimiento del último vástago de la unión La Monnerie/Schoudler se produce mientras los zeplines alemanes bombardean París, en plena Gran Guerra. Los gerontes de la familia por ambas líneas se presentan a reconocer al nuevo y último nieto y heredero. La confluencia de generaciones de la familia de los Schoudler, de orígenes austriaco-judíos ligados a la banca, a la prensa, y a la industria azucarera; la vieja y caduca aristocracia terrateniente de La Monnerie, unida al poder político y al Ejército por tradición, se engarza mediante el matrimonio de Jacqueline de La Monnerie, hija del gran poeta, con François, heredero de la poderosísima familia Schoudler. Los problemas surgen cuando François intenta tomar las riendas del periódico familiar. Las maniobras de Noël, su padre, y las de su tío Lucien Maublanc, Lulú, personaje odioso y odiado, dominado por el resentimiento de sus orígenes y el desprecio a que le somete la familia legal, acaban por producir un desenlace fatal. La propia familia, cual Cronos, va devorando a sus miembros.

A la marquesa de Brissac, princesa de Arenberg

PRÓLOGO

LAS paredes de la habitación de la clínica, la madera de los muebles y el metal de la cama estaban pintados de un blanco brillante, lavable y crudo. De la tulipa de vidrio esmerilado fijada encima de la cabecera caía la luz eléctrica, igualmente blanca y dura, sobre las sábanas, sobre la pálida parturienta que entornaba los párpados, sobre la cuna y sobre los seis visitantes.

—Todas vuestras magníficas razones no cambiarán un ápice mis ideas, ni siquiera el hecho de que estemos en guerra —dijo el marqués de La Monnerie—. Desapruebo absolutamente esta nueva moda de ir a dar a luz fuera de casa.

Tenía setenta y cuatro años y era el tío de la parturienta. Calvo en dos terceras partes del cráneo, su cabeza conservaba por detrás una corona de pelo blanco levantado en un alto cepillo hirsuto, como la cresta de un guacamayo.

—¿Causaban nuestras madres tantas molestias? —continuó—. Ellas no necesitaban cincuenta endiablados cirujanos y otras tantas enfermeras, ni todos esos ingredientes que apestan, para producir hijos vigorosos. Dejaban obrar a la naturaleza y al cabo de dos días tenían las mejillas sonrosadas. Mientras que ¡miren un poco esa cara blanca como el papel!

Con el puño de la camisa tendido hacia la almohada tomaba a la familia por testigo. En aquel momento tuvo un acceso de tos; la sangre afluyó a su rostro a través de las hinchazones y las arrugas, y le coloreó de escarlata la piel

hasta el cráneo; luego escupió con fuerza en su pañuelo y se limpió el bigote.

Sentada a la derecha de la cama, la señora Jean de La Monnerie, esposa del gran poeta y madre de la parturienta, encogió sus imponentes hombros. Hacía mucho que había pasado la cincuentena; vestía de terciopelo granate y llevaba un enorme sombrero. Sin volverse, respondió a su cuñado con voz autoritaria:

—Lo cual no quita, mi querido Urbain, que si a tu mujer la hubieran trasladado a tiempo, tal vez la tendrías aún contigo. ¡Bastante habló todo el mundo de eso!

—No es así, no —replicó Urbain de La Monnerie—. Eras demasiado joven, Juliette; ¿qué puedes saber tú? En el hospital, en la clínica o adondequiera que hubiera ido, la desdichada Mathilde habría muerto igualmente, y sin tener siquiera la satisfacción de irse en su propia cama, en vez de estar en la cama de todo el mundo. La verdad es que no se puede fundar un hogar cristiano con una mujer que tiene unas caderas tan estrechas que podrían pasar por un servilletero.

—¿Creéis que esa conversación es oportuna delante de esta niña? —dijo la baronesa Schoudler, mujercita de pelo gris y tez aún fresca, que estaba de pie al otro lado de la cama.

La parturienta volvió levemente la cabeza y le sonrió.

—No tiene importancia, mamá; no tiene importancia —murmuró.

Entre la baronesa Schoudler y su nuera existía la complicidad de los seres de corta estatura.

—Yo te encuentro muy bien, mi querida Jacqueline —siguió la baronesa Schoudler—. Dos hijos en dieciocho meses, por mucho que se diga, significa algo. Has soportado eso perfectamente, y tu angelote es magnífico.

El marqués de La Monnerie, refunfuñando, se volvió hacia la cuna.

Tres hombres se hallaban a su alrededor, vestidos todos de oscuro y con una perla prendida en la corbata. El más joven era el barón Noël Schoudler, regente del Banco de Francia, uno de los abuelos del recién nacido y marido de la mujercita de pelo gris y cutis fresco. Noël Schoudler tenía una estatura gigantesca. Su vientre, su torso, sus mejillas, sus párpados...: todo era pesado, impregnado de seguridad en sí mismo y de la afición a los combates del dinero. Llevaba una barba corta, muy negra y terminada en punta, como la de un rufián.

Aquel monumental sexagenario colmaba de atenciones a su padre, Siegfried Schoudler, el precursor, el fundador de la banca Schoudler, aquel a quien París llamaba desde tiempo inmemorial «el barón de todos los imperios», un anciano delgado, de cráneo jaspeado y patillas cremosas, de nariz enorme y venosa, de ojos bordeados de púrpura húmeda, que estaba sentado con las rodillas separadas y la espalda encorvada, y recurría sin cesar a la oreja filial para volcar en ella, con un deje de acento austríaco, confidencias que todo el mundo oía.

El último de los personajes presentes al lado de la cuna era el otro abuelo, Jean de La Monnerie, poeta ilustre y académico. Dos años menor que su hermano Urbain, al que se parecía en más fino y también en más hepático, su calvicie estaba oculta por un largo mechón amarillento que rodeaba su frente; permanecía apoyado en un bastón de madera de las islas.

No había tomado parte en la discusión familiar. Contemplaba a la criatura, pequeña larva cálida, ciega y arrugada, cuyo rostro, apenas del tamaño de la mitad del puño de un adulto, salía por entre la ropa blanca.

—Misterio —dijo—. Misterio perfectamente trivial; el más impenetrable y el único que nos importa.

Sacudió la cabeza tristemente y dejó deslizar su monóculo tintado, sujeto por un cordoncillo; el ojo izquierdo, descubierto, bizqueaba un poco.

—En otros tiempos —continuó— no hubiera podido soportar la mirada de un recién nacido. Me producía cierto malestar. Esa ceguera de embrión, esa nada mental... Esos miembros minúsculos, cuyos huesos sabemos que son todavía gelatinosos... ¿Y por qué advertencia misteriosa detienen un día las células su crecimiento? ¿Por qué se consume uno?... —las palabras parecían caerle de los dientes—; ¿...se convierte uno en esto que somos? —añadió con un suspiro—. Terminamos de vivir y seguimos sin comprender, igual que este niño.

—No hay misterio, hay Dios; eso es todo —dijo Urbain de La Monnerie—. Y cuando uno se hace mayor, como nosotros..., ¡bueno!, es como los ciervos viejos, que se desmochan, que llevan menos cornamenta cada año.

Noël Schoudler adelantó su enorme índice y lo acercó a la mano del recién nacido.

Entonces, por encima de los cuellos postizos, rígidos y lustrosos, las cabezas se asomaron, inclinaron sus hinchazones, sus arrugas, sus párpados purpúreos, sus frentes moteadas, sus grandes narices grumosas, sus inmensas orejas, sus mechones amarillentos y sus cabellos erizados, y soplaron sobre la cuna el aliento de sus bronquios gastados, de sus cuarenta años de cigarro, de sus bigotes y de sus dientes arreglados, para observar los deditos que apretaban, que pellizcaban la piel fina del dedo del abuelo, parecida a la membrana de los gajos de mandarina.

—¡Es extraordinaria la fuerza que tiene ya! —dijo Noël Schoudler.

Y los cuatro hombres permanecían por encima del enigma, por encima de aquella combinación apenas acabada de nacer de sus sangres, de sus ambiciones, de sus amores ahora lejanos.

Bajo aquella bóveda el bebé empezó a adquirir un color carmesí y a gemir débilmente.

—De cualquier forma, he ahí a uno que tendrá todo lo necesario para ser feliz, si sabe utilizarlo —dijo Noël

Schoudler enderezándose.

Como hombre que conocía el valor de las cosas, el gigante calculaba todo lo que aquel niño reunía en sí, o reuniría algún día, todo lo que ya se encontraba en la cuna: el banco, las refinerías, un gran diario, un título del Sacro Imperio, la notoriedad mundial del poeta y sus derechos de autor, el castillo y las tierras del viejo Urbain, otras fortunas menores y un lugar preparado por anticipado en todos los medios de la aristocracia, de las finanzas, del gobierno, de la literatura...

Siegfried Schoudler interrumpió a su hijo en su meditación tirándole de la manga, y le dijo al oído a voz en grito:

—¿Cómo se llama?

—Jean-Noël, como sus abuelos.

Desde lo alto de su estatura y posando una vez más sobre la criatura más rica de París el filete negro de su mirada, repitió Noël para sí mismo, orgullosamente:

—Jean-Noël Schoudler...

De las lejanías de la ciudad llegó el sonido de una sirena. Todos los visitantes levantaron la cabeza al mismo tiempo, salvo el abuelo, que no oyó nada hasta la segunda sirena, más cercana.

Estaban en las primeras semanas de 1916. De cuando en cuando llegaba el *Zeppelin* por la noche sobre la capital, que aullaba a su proximidad y luego se oscurecía. Millones de vidrios se tapaban. El gran dirigible alemán volaba lentamente por encima de la aglomeración apagada, lanzaba algunas bombas que caían al azar entre la multitud de las calles y de las casas, y volvía a partir.

—La noche pasada, en Vaugirar, cayó en un edificio. Según parece murieron cuatro personas, tres de ellas mujeres —dijo Jean de La Monnerie en medio del silencio.

La resonancia parecía no ser ya la misma en aquella habitación. Pasaron varios segundos. Ningún rumor en el exterior, salvo el rodar de un simón en una arteria próxima.

Nuevamente hizo Siegfried una seña a su hijo, que le ayudó a ponerse el abrigo forrado de piel; luego el anciano volvió a sentarse.

Para alimentar la conversación, la baronesa Schoudler dijo:

—Una de sus horriblas bombas cayó en la vía del tranvía. El riel se retorció en el aire y fue a matar a un desdichado que estaba en la acera.

Noël Schoudler, inmóvil, fruncía el ceño.

La sirena del barrio se puso a rugir; la señora de La Monnerie mantuvo dignamente los índices sobre los oídos durante el tiempo que duró el sonido.

Se oyeron pasos en el corredor y golpear de puertas; entró una enfermera.

Era una mujer alta, ya de edad, de piel seca y gestos masculinos.

Encendió la lamparilla de estearina que había sobre la mesilla de noche, se aseguró de que las cortinas estuvieran bien corridas y apagó la tulipa.

En la penumbra, las siluetas de los visitantes, frente a la parturienta, poblaron la pared de extrañas sombras.

—Si los señores quieren bajar —dijo la enfermera—, el refugio se encuentra en el mismo edificio. Todavía no podemos bajar a la señora, el médico lo ha prohibido. Tal vez mañana...

Sacó al recién nacido de la cuna y lo envolvió en la manta.

—¿Soy yo la única que se queda en este piso? —preguntó la parturienta con débil voz.

La enfermera no contestó a la pregunta.

—¡Vamos!; va usted a portarse bien, a quedarse tranquila —dijo.

—Quisiera tener a mi hijo a mi lado, aquí —añadió la parturienta ahuecando el costado del lado opuesto a la ventana.

La enfermera murmuró simplemente: «Ts..., ts...», y se fue, llevándose a la criatura.

Por la puerta batiente, en la luz azulada del corredor, la parturienta vio a los otros enfermos de aquel piso que desfilaban empujados en sillas de ruedas. Pasaron algunos segundos.

—Noël, creo que valdría más que bajaras, por tu corazón —dijo la baronesa Schoudler en voz baja, para aparentar calma.

—¡Oh, por mí no tiene importancia! —contestó Noël Schoudler—. Es más bien por mi padre.

El viejo Siegfried no trataba siquiera de dar razones; estaba de pie y esperaba, ya impaciente, que lo acompañasen.

—Noël aborrece permanecer en los pisos altos durante las alarmas —murmuró la baronesa a la señora de La Monnerie—; le produce trastornos cardíacos.

Los La Monnerie consideraban con cierto desprecio la inquietud de los Schoudler. Les perdonaban que tuviesen miedo, pero no que lo demostrasen.

La señora de La Monnerie sacó del bolso un relojito redondo.

—Jean, vamos a tener que marcharnos si no queremos llegar tarde a la ópera —dijo recalcando la palabra «ópera», para dejar bien sentado que la presencia del *Zeppelin* no introduciría ningún cambio en el programa de su velada.

—Sí, Juliette, tienes razón —respondió el poeta.

Se abotonó el abrigo, respiró como si echase mano de todo su valor y añadió en tono neutro:

—Todavía tengo que ir un momento al círculo. Te dejaré de pasada y luego volveré a reunirme contigo en el segundo acto.

—No tiene importancia, amigo mío, no tiene importancia —dijo la señora de La Monnerie con un tono bastante agrio—. Tu hermano me hará compañía.

Se inclinó hacia su hija.

—Gracias por haber venido, mamá —dijo maquinalmente la parturienta mientras recibía en la frente un beso breve.

La baronesa Schoudler se adelantó en seguida para despedirse. Sintió que la mano de la parturienta se cerraba en torno a la suya, casi se aferraba a ella; tuvo un instante de vacilación, pero luego pensó: «Después de todo, no es más que mi nuera. Si su propia madre se va...».

La mano de Jacqueline se aflojó.

—Ese Guillermo II es verdaderamente un bárbaro —dijo la baronesa para ocultar su embarazo.

Con paso presuroso, unos a causa de su angustia, los demás a causa de su espectáculo o de su cita apenas secreta, salieron los visitantes; primero las mujeres, prendiéndose los alfileres del sombrero, luego los hombres por orden de edad. Después la puerta se cerró y retornó el silencio.

La parturienta volvió los ojos hacia la vaga blancura de la cuna vacía y hacia la fotografía de un joven oficial de dragones, de frente y con la cabeza alta, que iluminaba la lamparilla encima de la mesa de noche. En un rincón del marco estaba encajada otra fotografía, más pequeña, del mismo oficial, vistiendo un capote de piel de cabra y con los pies en el barro.

—François —dijo muy bajo la joven—. François... ¡Dios mío, haz que no le pase nada a François!...

Con los ojos abiertos de par en par en las tinieblas, con el oído aguzado, percibía el zumbido de su propia respiración.

De repente oyó el lento ronroneo de un motor que venía del cielo, luego una explosión bastante sorda, pero que hizo temblar los vidrios, y de nuevo el ronroneo, más cercano.

Jacqueline agarró el borde de la sábana y, juntando los puños, se la llevó a la boca.

En aquel momento volvió a abrirse la puerta; apareció una cabeza coronada de blanco y la sombra de pájaro iracundo de Urbain de La Monnerie se deslizó sobre la pared.

El anciano moderaba sus pasos; fue a sentarse al lado de la cama, en la silla que unos minutos antes había abandonado su cuñada, y se limitó a decir:

—La ópera no me ha entretenido jamás. Estaré igualmente bien esperando a tu lado... Pero ¡qué idea la de venir a dar a luz a un lugar semejante!

El *Zeppelin* avanzaba, iba a pasar por encima de la clínica.

1. LA MUERTE DEL POETA

I

EL aire estaba seco, frío, quebradizo como el cristal. París lanzaba un inmenso resplandor rosa hacia el cielo de diciembre, oscuro y abarrotado de astros a la vez. Los millones de bombillas, los millares de hornillos de gas, las luces de los escaparates, los letreros luminosos que recorrían los tejados, los bulevares surcados por tantos faros de coches, las fachadas de los teatros, las buhardillas de la miseria, las ventanas del Parlamento en sesión tardía, los talleres de los artistas, las cristalerías de las fábricas, las candelas de los serenos, los reflejos en el agua de los estanques y sobre la piedra de las columnatas, y en los espejos, y en las sortijas y en las pecheras blancas, todas esas luces, esos focos, esos rayos se fundían por encima de la capital en una cúpula de claridad.

Hacia dos años que había terminado la Gran Guerra. París había resurgido, deslumbrante, en medio de la Tierra. Tal vez nunca había sido más fácil el movimiento de los negocios y de las ideas que en ese final del año el dinero, el lujo, la obra de arte, el libro, el plato raro, el vino, la palabra, el adorno, la quimera se habían difundido con tal profusión. Los doctrinarios del mundo entero gritaban la verdad y la paradoja en los cafés de la *rive gauche*, y rodeados de ociosos inspirados, de estetas, de revolucionarios permanentes, de sublevados temporales, celebraban cada noche la más grande, la más asombrosa feria de la intelligen-

cia que se haya visto en la historia del mundo. Ministros y diplomáticos de todos los estados, de todos los reinos, se codeaban en las floridas recepciones del barrio del Bois. La Sociedad de las Naciones, recién creada, había elegido como sede de su primera asamblea el salón del Reloj, en el Quai d'Orsay, y desde allí le había asegurado a la humanidad una era de dicha.

Las mujeres habían acortado sus vestidos y empezaban a cortarse el pelo. Las fortificaciones que databan de Luis Felipe (aquel cinturón herboso de fosos y bastiones en que París había vivido cómodamente durante ochenta años y adonde los niños de las calles grises iban a jugar los domingos) se habían tornado bruscamente demasiado estrechas; se arrasaban los fuertes, se rellenaban las escarpas, y la ciudad iba a desbordar sobre los jardines míseros, a anegar con sus altas olas de ladrillos y cemento las iglesias de las antiguas aldeas. La república había elegido como primer presidente después de la victoria a uno de los hombres más elegantes de Francia, pero que pocas semanas después zozobraba en la locura.

París era más que nunca una sociedad sumisa al éxito; veinte mil personas como máximo detentaban, en participación constantemente revisada, el poder, la fortuna, la gracia y el talento. Eran comparables a las perlas, entonces muy en boga, que parecían su símbolo; las había verdaderas, cultivadas, falsas y barrocas; se veían orientes humanos que se ennegrecían en unos meses y otros que cada día aumentaban de valor en el mercado. Pero, sobre todo, ninguna de esas veinte mil personas poseía la transparencia dura, el brillo sincero, cortante, de la piedra preciosa; todas tenían la luminosidad turbia, lechosa, impenetrable de un producto de extracción marina.

Otros dos millones de seres las rodeaban. Estos no habían nacido en el camino de la suerte, o no habían podido alcanzarlo o ni siquiera lo habían intentado. Como en todos los tiempos, eran los que rascaban los violines, vestían a las

actrices, ponían marco a los cuadros que otros habían pintado, clavaban las alfombras bajo los zapatos blancos de las grandes bodas. Los menos dichosos permanecían bloqueados entre el trabajo y la notoriedad.

Pero nadie hubiera podido decir si eran los veinte mil quienes dirigían a los otros, organizaban sus dos millones de tareas y sacaban provecho de ellas, o si eran los dos millones los que por necesidad de actuar, de vender, de admirar, de compartir la gloria, segregaban sus diademas.

Una muchedumbre, de pie durante cinco horas para ver pasar una carroza real, se siente más gozosa que el príncipe que la saluda sentado.

Los hombres de la generación que ya se extinguía, cuya vejez había esquivado la guerra, opinaban, sin embargo, que París declinaba con ellos. Lamentaban el fin de la cortesía y de una cierta forma francesa del ingenio, herencia, según afirmaban, del siglo XVIII, y que ellos habían conservado intacta. Olvidaban que sus padres y sus abuelos habían dicho otro tanto; olvidaban también que ellos mismos habían agregado algunas reglas a la cortesía y que no habían recuperado «el ingenio», en el sentido en que ellos lo entendían, más que en su vejez. Juzgaban las modas exageradas, las costumbres licenciosas; la juventud hacía alarde ante ellos, como de diversiones casi normales, de lo que en su educación les había sido presentado como vicio y que siempre habían o reprimido o disimulado: la homosexualidad, las drogas, las formas complicadas o perversas del erotismo; con la reprobación de los mayores se mezclaba también un poco de envidia. Las recientes obras de arte les parecían indignas de ese nombre y las nuevas teorías la expresión de la barbarie. Englobaban al deporte en el mismo desprecio. En cambio registraban con interés los progresos de la ciencia y veían, ora con un orgullo divertido, ora con un poco de irritación, cómo las invenciones mecánicas y las técnicas invadían su universo material. Pero toda esa barahúnda mataba, para ellos, el placer y, echando de